

María Martínez de Nisser y Albalucía Ángel, la HISTORIA a través de la experiencia femenina

Érika Molina Gallego

Estudiante de Filología Hispánica, erika.molina1@udea.edu.co

Solo después de que las mujeres empiezan a sentirse en esta tierra como en su casa, se ve aparecer una Rosa Luxemburgo, una Madame Curie.

Simone de Beauvoir

Escribo porque no puedo impedírmelo, porque siento la necesidad de ello y porque esa es mi única manera de comunicarme con algunos seres, conmigo misma. Mi única manera.

Victoria Ocampo

Si hay algo que todas las mujeres sabemos de memoria es que las palabras historia y feminidad nunca han podido llevársela bien. Todavía en el siglo XXI seguimos poniendo los ojos en blanco y haciendo con desdén una mueca de “no, eso no nos sorprende” cada vez que escuchamos las fechas, los nombres y las narraciones de los acontecimientos importantes de nuestro pasado colectivo. Sabemos a la perfección, y es un tema que ya está rayado, que esa Historia con mayúscula la han escrito los vencedores, y que, por muy injusto que haya sido, las mujeres no se contaban en ese grupo.

Pero sabemos también que por todas partes, sobreviviendo a los pisotones del patriarcado, gritando con desesperación por ser encontradas y derribando los límites del tiempo y del espacio; esas otras voces que en su momento fueron silenciadas, se alzan para enseñarnos la otra HISTORIA, esa que no solo se escribe con H mayúscula, esa que es mayúscula en toda su extensión, pues está construida con el cuerpo, con el transitar silencioso (no callado) de la experiencia vivencial y sensitiva que solo las mujeres podemos narrar.

En medio de la sinfonía de voces, del bálsamo exquisito que significa ir encontrando mujeres que nos muestran la otra cara de la moneda, leer a María Martínez de Nisser y a Albalucía Ángel es adentrarse en un mundo dicotómico; por un lado, el asombro por la valentía de la primera y la

maestría de la segunda; y por el otro, el regocijo de reconocer en ellas el propio sentir, las propias y profundas motivaciones. Ellas, cada una desde su posición, desde su objetivo y apuntando en direcciones tal vez muy distantes, encausan la escritura por el mismo río, ese que lleva en sus aguas las voces, las historias y las vivencias de tantas mujeres. Suman y multiplican las suyas y las de otras y nos gritan sin descanso que están ahí, que lo vivieron, que no solo son testigos mudos en el decorado de la escena, y que lo que tienen para decir es mucho más grande, más fuerte y más poderoso que lo que la Historia les ha permitido contar.

Narrar los sucesos colectivos y no quedarse solo en el acontecimiento requiere dejarse traspasar por ellos, dejar que la memoria del cuerpo sea la que escriba, que los sentidos reciban y transformen el hecho y lo conviertan en experiencia. Requiere alma. Y no es otra cosa que el alma de cada personaje femenino lo que se va liberando a través de la pluma de Albalucía Ángel, cada interacción con el otro erige una posición que está determinada por su ser como mujer y que se nutre de la dirección de los hechos mientras atraviesa la tormenta propia, el desafío personal. La violencia del contexto traducida a la violencia que experimenta el cuerpo, la ceguera colectiva calcada en la confusión de la niña que transita por el caos sin que le sea permitido comprender, a pesar de todas sus preguntas; la ignominia de lo público haciéndose más grave en lo privado y la

necesidad de hacer más, por el mundo, por ellas mismas.

Es esa misma necesidad la que siente Martínez de Nisser, con esa marca en su apellido que ya dice que no es de ella sino de otro, que ha dejado de pertenecerse. Pero no es así, su determinación va más allá de ser nombrada, ella se reconoce como sujeto valioso y capaz dentro de un ambiente conflictivo y turbulento. Su cuerpo clama la justicia, su mano escribe su firmeza, su voz habla de su condición femenina y empieza a gritar sin poder callarse que esa condición la hace mucho más valiente, mucho más poderosa.

Su escritura, la de ambas, no se agota en las fechas, las cifras o los nombres; aunque las contiene, sino que se deja ir por los laberintos de lo inesperado, de lo oculto, que va desvelando en el camino una identidad femenina alejada del estereotipo común. En *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*, de Ángel, cada personaje femenino ocupa un lugar en la historia que no sería relevante de no ser por las preguntas que se suscitan en ellas, no solo por lo que sucede en el mundo, sino también por lo que sucede en sus adentros. En *Diario de los sucesos de la revolución en la Provincia de Antioquia en los años de 1840-1841*, de Martínez, siendo ella la protagonista de esa historia, es mucho más fascinante ver cómo su voz es incapaz de mantenerse en un rol testimonial. Cómo no solo escribe y describe los hechos, sino que, además, y mucho más importante, se escribe y describe a sí misma en la oportunidad perfecta de demostrar quién es realmente como mujer.

Si bien, como lo dice la misma Albalucía, el valor de nuestro sexo está muy desprestigiado, pienso, igual que ella, que somos igual o más valientes que los hombres y que es esa fuerza la que estalla cual bomba de sentido cuando escribimos.

Esa subversión venida en forma de desaire a lo establecido es lo que hace especiales a estas autoras, Martínez de Nisser en 1840, lejos todavía de que la mujer fuera reconocida como ciudadana sujeto de derechos, toma su arma, y no, no me refiero solo a la bayoneta, hablo de la más poderosa, su pluma. Transita con ella un camino azaroso e inquietante y sale a la luz pública vestida de hombre, con su pelo corto de militar y con su afán de decir “mírenme, estoy aquí y soy más valiente que ustedes”. Sin embargo, como no podía ser de otra forma, su lucha está atravesada

por su corazón, su deseo de amor y su deseo de patria se funden en uno. No hay allí, como en los otros, la obligación impuesta del deber con la nación, pero sí el deber con su propio instinto impetuoso que le impide la espera de lo privado, de lo normativo.

Por su parte, Albalucía Ángel encuentra en el hecho histórico la excusa para la construcción de esa identidad esquiva, que se esconde bajo los paradigmas. La historia personal y la historia oficial colectiva se encuentran para personificar la experiencia sensitiva, sexual, de búsqueda y conocimiento de sí mismas de cada personaje.

Dijo Camus que el escritor no puede ponerse al servicio de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la sufren. Estas dos escritoras saben muy bien lo que eso significa y lo llevan a la práctica. Ellas mismas como mujeres sufren la historia de una manera distinta, su ser femenino es afectado desde otras perspectivas y el conflicto social es visto más allá de cuestiones meramente políticas.

Albalucía nos va mostrando a través de sus personajes el discurso patriarcal sobre el cuerpo y el comportamiento femenino, el deber ser de la mujer que se impone en cualquier circunstancia: mantener su lugar. La necesidad de transmitir este comportamiento a las otras mujeres, de quitar de golpe el ímpetu de las jóvenes. El mandato de rezar. La mujer que se ha acostumbrado a ser quien sirve, quien obedece y que cumple su papel con una devoción en la que, en realidad, se esconde el miedo, porque a pesar de pregonar e instruir en el discurso el papel que le ha sido asignado, sigue llevando por dentro sus propias subjetividades ocultas tras la fachada de conformidad.

En una época en la que la mujer ostentaba un rol de instrucción en el hogar y en la que su participación política se limitaba a la mención de su filiación a un partido, al que, por supuesto pertenecían su padre y su abuelo, la inclusión de estos personajes se hacía imprescindible. La autora nos revela a esas mujeres que han aprendido a ser en lo público aquello que se espera de ellas, pero que además de los rezos y las letanías tienen mucho más para decir y albergan una riqueza interior de experiencias y perspectivas que trascienden las limitaciones impuestas por el discurso patriarcal de su tiempo.



Vaginas del Gran poder, Adriana Bravo @aceitunabrava

Vaginas del Gran poder, Adriana Bravo @aceitunabrava

No es, sin embargo, el único tipo de personajes que se nos revela. La narración incluye también a otras mujeres que se atreven a vivir esa subjetividad que les brota desde las entrañas. Su libertad se representa en sus propios espacios, en su creación, en su visión de un nuevo mundo “para que todo sea un canto”. Allí se da una ruptura con la normatividad de la época, con lo esperado y lo deseable. La mujer se escabulle de la norma y da un salto hacia su propio pensamiento, hacia sí misma. El cuerpo no es ya espacio de servicio o de negación, sino espacio de lucha y de deseo, cuerpo que se transforma en objetivo, en el enemigo revolucionario que debe ser confrontado, e incluso destruido.

Este cambio de perspectiva no solo desafía las expectativas de la sociedad, sino que también redefine el papel de la mujer en la narrativa cultural. Estas mujeres valientes y rebeldes se erigen como agentes de su propio destino, desafiando las normas preestablecidas y abrazando una autonomía que, aunque a menudo les cueste, les permite explorar sus propias verdades y deseos más profundos. La narración, a través de estos personajes, nos invita a contemplar una visión más amplia y matizada de la experiencia femenina, destacando la complejidad y diversidad de las vidas de las mujeres en ese tiempo y lugar.

A partir de estos dos tipos de personajes femeninos, Albalucía Ángel nos regala un tercero, uno que encuentra su propia forma a través de los opuestos anteriores. Aquí la mujer protagonista que crece en medio del caos social y político, lo hace también en medio de la intimidad de sus espacios personales. Los espacios que habita pasan de lo íntimo a lo brutal, de la seguridad a la violencia; y desde allí, su evolución se va dando en cambios que experimenta no solo su cuerpo, sino también su pensamiento. La protagonista se configura a través de su relación con el otro (con las otras) y su subjetividad se va dando en la transición de un espacio a otro en los que cada experiencia le da una perspectiva distinta de la realidad que la rodea. Así su identidad nace desde el cuidado, pero también desde la libertad y su vivencia experiencial la posiciona como sujeto femenino y político. Su historia prima, se levanta sobre la historia oficial, pero sin abandonarla.

Este enfoque permite que su narrativa se convierta en un testimonio auténtico y significativo, capaz de desafiar y enriquecer la comprensión

convencional de la historia, al tiempo que destaca la intersección entre lo personal y lo político en la vida de las mujeres. De este modo, la protagonista se erige como un testamento viviente de la capacidad de las mujeres para forjar su propio destino en medio de las complejidades de su entorno social y político.

María Martínez de Nisser no crea personajes, ella narra los hechos que el camino de la guerra le va mostrando, se narra desde su posición femenina en un espacio político que no le corresponde. Como sujeto enunciador femenino narra primero desde un lugar pasivo, de espera, siendo testigo de las acciones y decisiones tomadas por otros; deseando tomar participación en la batalla. Su espacio es, inicialmente, como el de todas las mujeres: la casa, la recepción de cartas, la espera de noticias; mientras su esposo hace parte activa de las contiendas. Sin embargo, desde allí ya expresa su descontento y su posición. Se permite lanzar opiniones sobre tácticas estratégicas, cuestiona las acciones de los integrantes de ambos bandos de la guerra y expresa su deseo de demostrar su valía y fidelidad con la causa.

Lejos de aceptar el papel tradicionalmente asignado a las mujeres, sobre todo en tiempos de conflicto; como lo hizo mucho antes Juana de Arco, se convierte en una figura dinámica que desafía las limitaciones impuestas por su género. Su voz trasciende las paredes del hogar para convertirse en una fuerza crítica y participativa en el escenario político, destacando así la capacidad de las mujeres para influir activamente en los eventos históricos y desafiar las normas establecidas.

Esta mujer rompe por completo la estructura del rol que su género (su sexo) implica, no se identifica con él, lucha y escribe. Enuncia la realidad mediante su propio yo. Su narrativa se convierte, de esta manera, en una herramienta poderosa que cuestiona las normas y revela la complejidad de su identidad femenina. Martínez se yergue como una figura emblemática que, mediante su valiente incursión en el espacio público y su resistencia a las restricciones impuestas por la sociedad, redefine las posibilidades y expectativas para las mujeres de su tiempo. Su escritura no solo es un testimonio histórico, sino también un acto de desafío y liberación que trasciende las limitaciones impuestas por las construcciones de género.

Para Albalucía las cosas tampoco fueron tan sencillas, tuvo que abrirse paso en un mundo literario lleno de hombres célebres a los que se les publicó y elogió de forma sistemática. Sus letras son osadas. Denunciar la violencia de un país como Colombia cuesta, y cuesta más desde la voz de una mujer. Su escritura no fue tomada en cuenta, tal vez porque su forma de escribir desafiaba los convencionalismos, por la cantidad de voces narrativas, por involucrar la experiencia del cuerpo, del interior; o simplemente por el miedo que los hombres han tenido a las mujeres y que se ha trasladado al espacio editorial. Tal vez el *boom* latinoamericano, por entonces en auge, temía escuchar lo que esta mujer tenía para decir.

Sin embargo, este silencio ante su maestría no apaga su voz, al contrario, la nutre. Albalucía resuena desde el exilio en las mentes de aquellos que como ella buscan esa otra HISTORIA, de los que no se conforman. Su pluma sigue taladrando.

La diferencia de los géneros y estilos de estas dos escritoras es evidente; pero no las aleja, por el contrario, revela una necesidad casi visceral no solo del sexo femenino, sino también de un país. La necesidad de dar testimonio de las constantes luchas y de los incontables atropellos, así como también de los silencios que las mujeres tienen para gritar. María narra desde su experiencia encarnada en un diario que servirá como testimonio de la guerra. Es la prueba de los acontecimientos que deja una mujer que lucha, que toma las armas. El diario le da un carácter personal y vivencial, pero también documental e histórico. Ángel, por su parte, crea un universo mucho más amplio, lleno de personajes y subjetividades distintas. De mujeres distintas. En ella la violencia va más allá de los hechos históricos, es capaz de mostrar todas las caras de la moneda de un país que lucha por sobrevivir y de unos personajes que tienen, junto con esa lucha, sus propias batallas internas.

Se revela una complementariedad única entre las dos autoras, donde cada una, desde su perspectiva y desde su tiempo, contribuye a la narrativa más amplia de la lucha, la resistencia y la diversidad de las experiencias femeninas en contextos adversos. Este diálogo entre dos enfoques distintos demuestra la riqueza y complejidad de las voces femeninas que, a pesar de las diferencias estilísticas, convergen en su búsqueda compartida de dar voz a las experiencias marginadas y

construir una narrativa más inclusiva de la historia y la identidad de un país.

La forma de resistencia de estas autoras es la memoria, individual y colectiva. Ellas transforman el hecho y el recuerdo mientras narran, pues estos toman otros tintes, otros colores al ser procesados y mezclados con la vivencia femenina. El testimonio, en ambas, a pesar de sus diferencias, va más allá de la presencia observadora y cuenta eso que posiblemente ya muchos conocen, pero lo hacen desde otros lugares, desde otros universos posibles, no escuchados, no imaginados. Ellas impiden el olvido de las pequeñas verdades que se han quedado sin voz a lo largo de la historia conflictiva colombiana. Hablan de las otras historias, las ocultas, las acalladas, las que han sido sofocadas en medio del discurso patriarcal.

En este acto de recordar o narrar lo vivido, estas autoras se erigen como guardianas de las narrativas excluidas, desafiando la tendencia a la amnesia selectiva que a menudo acompaña a los periodos turbulentos de la Historia. Al rescatar y dar voz a las experiencias marginadas, contribuyen a la construcción de una memoria más completa y justa de la sociedad colombiana. Su resistencia, a través de la escritura y la memoria, se convierte en un acto de afirmación de las identidades femeninas, desafiando el olvido y dando forma a un relato más inclusivo y diverso de la historia del país. ■